



JULIO DE 1907

REVISTA MODERNA DE MEXICO

DIRECTOR, JESÚS E. VALENZUELA. CONSULTOR ARTÍSTICO, JESÚS URUETA.

VIAJES EXTRAORDINARIOS

DE SIR JOB, DUQUE

(CONCLUSIÓN)

IV

VIAJE ALREDEDOR DE LAS VERACRUZANAS.

Ayer hablamos del mar. Hablemos hoy de la mujer, «pérfida como las ondas,» decía Shakespeare. Hermosa como ellas, digo yo.

Desventuradamente carezco de los datos necesarios. Mi condición de viajero, la premura del tiempo y la continua fiesta en que vivimos durante nuestra permanencia en Veracruz, me impidieron formar un juicio exacto acerca de las hermosísimas costañas. Ignoro muchos nombres y se confunden en mi memoria las fisonomías. Todavía el vals no acaba, y entreveo, como apariciones fugitivas, mujeres de belleza singular, ricamente prendidas y ataviadas. ¿Quiénes son? Para mí, forman un grupo tan hermoso, tan desconocido y tan compacto, como ese grupo de soles al que llaman los astrónomos, Vía Láctea. Juzgo im-

posible individualizar tales bellezas; resignome á forzada discreción, y de nuevo, mirando el bello cuadro, copiado en el cristal de mi memoria, admiro á las hermosas de la costa, como admiraban los pastores de Caldea á los astros, sin conocer sus paralajes ni sus nombres.

Inútil fué que recurriera, en busca de pormenores minuciosos, á los discretos periódicos de Veracruz. Ninguno trata circunstanciadamente de las fiestas, ni nombra á las señoritas que asistieron. ¿No habrá flores en el puerto? Michelet dice que «en los terrenos próximos al mar las plantas son raquíticas, entecas y enfermizas. Revelan en su aspecto la vecindad del gran tirano y la opresión de su aliento. Si no las detuviesen las raíces, correrían. Encórvanse afligidas hacia el suelo, vuelven la espalda al enemigo; se diría que están prontas á huir desmelenadas y en derrota.» Sin duda esto acontece en Veracruz. Por dicha nuestra, estamos á una altura respec-

ble, y quedan todavía cerca de México jardines tan amenos y rientes como los de San Angel y Mixcoac. Apercibidme, pues, un breve cesto, tejido con los mimbres más sutiles y llenadlo de flores olorosas. Que apoye el heliotropo sus moradas volutas en los nevados pétalos del nardo; que el «no me olvides» acurruque su cuerpo azul en el seno purpúreo de una rosa, como Eros jugueteón se acurrucaba en el regazo de Afrodita; que la azalia, coqueta y presumida, luzca su aristocrática hermosura: las flores, como ayer fuimos nosotros, van mañana temprano á Veracruz.

* *

Muchos poetas, en bellísimas estrofas, han celebrado la hermosura de las veracruzanas. Sin embargo, para que prevalezca en este artículo la fría verdad, no siempre cortesana, debo decir que las mujeres de Jalapa disfrutaban de una fama todavía mayor. Yo, por desgracia, no puedo establecer comparaciones. Tenía ya la maleta preparada para ir á Jalapa con Cerdán, que es un amigo tan galante como espléndido; pero el hombre propone y Dios dispone. Un motín sin valor ni trascendencia, más parecido á riña de mercado que á movimiento popular, hizo que inopinadamente regresara pronto á morir, no por la libertad de Grecia, como Byron, sino por las monedas de á centavo. No hay mal que por bien no venga, dice el adagio: tal vez yo, que salí sano y salvo de las cumbres vertiginosas de Maltrata y de los senos ávidos del mar, habría caído en ese abismo que llaman las mujeres corazón, ó en el océano de unos ojos negros. Para tales naufragios, no hay botes salvavidas: el más feliz, á fuerza de nadar, llega á la isla inhospitalaria del olvido.

Ya admiraré á las bellas jalapeñas, cuando Dios, Agustín Cerdán y mi suerte menagada lo permitan. Por ahora, no hay más

diosa que la mujer veracruzana, y Mercedes Ascorve es su profeta.

Haré, no obstante, algunas salvedades. En Veracruz no abunda la frescura del color, ni la morbidez de los contornos. Podría decirse á las veracruzanas lo que decía cierto poeta malo á un tal Belaunzarán, de antigua fama:

«Belaunzarán, Belaunzarán,
Se te sale la casa
Por el zaguán!»

A las mujeres veracruzanas se les sale la cara y casi todo el cuerpo por los ojos. En esas pupilas se nada sin llegar nunca al párpado. Echad la sonda, no hallaréis el fondo. ¡Cuántos y cuántos pobrecitos habrán caído en ese abismo negro! Y el que cae una vez no sale nunca. Si sois prudentes, no os asoméis jamás á tales ojos: el abismo atrae, la cabeza se pierde, y —de improviso— se precipita el hombre desde lo alto, como Safo desde la roca de Léucades. Precavido siempre estuve en Veracruz con una dama, supliqué á mis amigos de confianza que me detuvieran por los faldones de mi frac.

Hay ojos negros que no dicen nada. Cuando mucho preguntan si hace frío. A estos inofensivos sordo-mudos, puede acercarse el más medroso y pusilánime. No importa que sean grandes: en todo caso, servirán para que el novio ó el marido se haga la barba sin necesidad de espejo. Yo conozco unos ojos muy hermosos, que no saben leer ni escribir. Al pronto, engañan: pudiera compararlos á ciertos personajes muy grandotes que suele uno encontrar en la calle de Plateros. Involuntariamente se les cede la acera, diciendo interiormente: «ese caballero debe de ser Gobernador de algún Estado, ó Ministro de México en Berlín, ó jefe de una zona militar.» Y resulta que el ampuloso personaje no pertenece á la política, ni al ejér-

cito, ni tiene un cuarto. Así, ni más ni menos, son los ojos de que hablo. La ventana es muy grande y muy bonita; la pieza está profundamente oscura; ¿qué habrá adentro? Algún sabio que medita, un cadáver sin cirios ni blandones, ó una mujer hermosa recostada y dormida en el diván. Encienda usted un fósforo. No hay nadie.

Muy otras son las húmedas pupilas que he admirado en Veracruz. Como la mar, jamás están calladas y tranquilas. Se preguntan y se responden, hablan solas, piden la lumbré y bailan el can-can. Son pupilas políglotas: franceses, yankees y alemanes las comprenden. Bien es verdad que en este bajo mundo sólo hay tres idiomas universales: el de los ojos, el del dinero y el de los palos. Por una precaución de la Providencia, en Veracruz no hay muchos ojos claros. En las pupilas azules se ve el fondo: en las negras, no. Guardan avaras los cadáveres de almas, pequeñitos como esos insectos cuyas grandes ciudades ó repúblicas perecen bajo una gota de rocío. ¡Qué descastados y perversos son! La mirada sale rápida de su obscuro seno, como una flecha despedida por un arco de ébano. Los también, como color del Golfo, ojos oceánicos, ojos de sirena, ojos que están siempre preguntando por dónde está la puerta del infierno. En esos ojos debe haber tiburones microscópicos. Y todos, sin distinción de colores, gritan: ¡fuego! piden el inmediato auxilio de las bombas: si no llegan á tiempo los socorros, se incendia hasta el depósito de pólvora.

Estas armas de fuego que las veracruzanas llevan sin expreso permiso del alcalde, no constituyen su único encanto. Dije algo más arriba, que no abundan en el puerto ni las encarnaciones vigorosas ni los tonos frescos. Con efecto, para unos ojos habituados á admirar la hermosura

robusta que han inmortalizado los pintores flamencos, la belleza de las veracruzanas es una disonancia. Ni sus formas son amplias, ni la leche y la rosa compiten en sus cutis: no puede darse nada más distinto de las mujeres que pintaba Rubens. Esto no es ciertamente la hermosura que ataviamos con los arreos de una sultana, y ponemos bajo la sombra de la higuera sobre un tapiz pérsico; es la belleza de la hama: huele á coco. Un inglés ó un alemán creería que las señoritas de Veracruz están siempre desveladas. Más que de mármol blanco ó alabastro, parecen figuras de terracota. Si fuera lícito compararlas con los libros, diría que están impresas en papel de lino. Hay más vida y hay más amor en esas epidermis de calentura. Yo creo que el agua se evapora al caer en ellas.

Tampoco tienen las veracruzanas líneas esculturales ni correctas. Su belleza está compuesta de una serie de anillos, como la belleza de las culebras; y de una serie de ondulaciones, como la belleza de las olas. Algunos creen con mucho fundamento, que son primas hermanas de las palmas. Buscad todo lo que ondula y todo lo que se cimbra; lo más elástico y lo más flexible; lo que se escurre en los dedos como un pez, y lo que salta como un chupamirto; todo lo que hierve y todo lo que culebrea; la forma curva de las sirenas y el caprichoso enroscamiento de las boas; reunid esas lideas de arabesco ó de friso de la Alhambra, esas agilidades de goma elástica, y esas graciosas esbeltices de bambú; juntadlo, y conoceréis los elementos con que formó la naturaleza á las costeñas. Un amigo decía que su epidermis no es de carne ni de yesca. Yo digo que está tejida con relámpagos.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.
(Duque Job).



SONETO

Gloria al laboratorio de Canidia,
gloria al sapo y la araña y su veneno,
gloria al duro guijarro, gloria al cieno,
gloria al áspero errar, gloria á la insidia.]

Gloria á la cucaracha que fastidia,
gloria al diente del can de rabia lleno,
gloria al tambor vulgar que imita el trueno,
gloria al odio bestial, gloria á la envidia.

Gloria á las ictericias devorantes
que sufre el odiador; gloria á la escoria
que padece á la luz de los diamantes.

Pues toda esa miseria transitoria
hace afirmar el paso á los atlantes
que conducen al orbe de su gloria.

RUBÉN DARÍO.



DON QUIJOTE Y BOLÍVAR

A PROPÓSITO DE UNA HISTORIA DE VENEZUELA

Yo no sé si las relaciones culturales entre las diversas naciones americanas de lengua española son tan íntimas y tan activas como debieran serlo; yo no sé si en México, Perú, Venezuela, etc., se sigue con interés el movimiento literario, científico y artístico de Chile, Argentina, Uruguay, etc., y viceversa; yo no sé si la conciencia de la unidad hispano-americana de la América llamada latina es todo lo viva que debería ser. Una de las más acendradas y más legítimas glorias del pensamiento hispano-americano contemporáneo, José Enrique Rodó, el noble profesor montevideano, al final del hermoso discurso que leyó en la fiesta de la translación de los restos de Juan Carlos Gómez, desde Chile á Montevideo, su patria, decía que si es alta la idea de la patria, «en los pueblos de la América latina, en esta viva armonía de naciones vinculadas por todos los lazos de la tradición de la raza, de las instituciones, del idioma, como nunca las presentó juntas y abarcando tan vasto espacio la historia del mundo, bien podemos decir que hay algo tan alto como la idea de la patria y es la idea de la América: la idea

de la América como una grande é imperecedera unidad, como una excelsa y máxima patria, como sus héroes, sus educadores, sus tribunos; desde el golfo de México hasta los sempiternos hielos del Sur.» Y añadía: «Ni Sarmiento, ni Bilbao, ni Martí, ni Bello, ni Montalvo, son los escritores de una ú otra parte de América, sino los ciudadanos de la intelectualidad americana.» Palabras tan altas y nobles cuanto es noble y alto el espíritu del pensador de «Ariel.»

No sé si esto es más que un sueño de Rodó, pero es un sueño alto y noble. Es el sueño del gran Libertador, de Simón Bolívar, que pretendía dar libertad á Cuba y Puerto Rico y «establecer un equilibrio permanente entre la gran república de origen inglés y las repúblicas de origen español.»

Así lo dice Don José Gil Fortoul al final del capítulo IV del libro III de su «Historia Constitucional de Venezuela,» el primero de cuyos cinco tomos acaba de publicarse en Berlín, y obra que me ha sugerido las anteriores líneas. Porque es ciertamente una obra que merece ser leída

y conocida por todo americano; es una obra concienzuda y sólida y á la vez de muy grata y fácil lectura y no poco sugerente. A mí, por lo menos, me ha sugerido no pocas observaciones sobre hombres y cosas de América, observaciones que cuento ir comunicando á mis lectores.

Ante todo, los hombres. Siempre me ha interesado más el individuo que la muchedumbre, las biografías más que las historias generales y la psicología más que la sociología. Me parece que fué uno de los grandes aciertos de Sarmiento el escoger la figura de Facundo Quiroga para trazar en torno de ella el cuadro de la lucha entre la civilización y la barbarie y uno de los grandes aciertos de Mitre el tomar á Belgrano y á San Martín para agrupar en torno de ellos la historia de la emancipación de las repúblicas del Plata y aledañas. Con la ventaja, acaso, á favor de Mitre—á cambio de otras desventajas—de que, como decía Alberdi y Sarmiento en la tercera de sus «*Cartas Quillotanas*,» se debe escribir la historia de los buenos más bien que la de los malos, é «*historiando á Belgrano, á Rivadavia, á San Martín, á Moreno, etc., se habría podido educar á la juventud en el «amor á la libertad» más bien que en el «odio personal á los malvados.*» Y añadió: «*Plutarco no historió á pícaros para servir á la educación,*» lo cual puede aplicarse al Plutarco americano, es decir, á Mitre, historiador de Belgrano y San Martín.

Mucho hay que aprender en la «*Historia Constitucional de Venezuela*,» del señor Gil Fortoul; pero yo, siguiendo mis predilecciones, he de fijarme, ante todo, en la figura del Libertador, tal y como el historiador venezolano nos la presenta.

Es, sin duda, Simón Bolívar, un héroe para un poema á la manera de los Browning que toma un personaje histórico como centro de reflexiones poéticas. Puede y

debe decirse que hasta hoy la América ha producido más hombres de acción que contemplativos de pensamiento puro; sus Aquiles superan á sus Homeros; por lo general los historiadores, aun habiéndolos tan notables, no llegan á la talla de los historiadores. El pensamiento es la flor de la acción y no florece y se encumbra la cultura filosófica, poética y científica de un pueblo hasta que, á través de dolorosas luchas, no se haya constituido en vista de un ideal común, más ó menos vago.

Hasta tanto sus pensadores, en discordancia con el ambiente, resultan incompletos é inadaptables como aquel D. Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar, interesante figura de que nos habla el Sr. Gil Fortoul y que no pudo entenderse con Sucre, que vió en él un extravagante. ¿No se le llamó «loco» á Sarmiento?

El mismo Bolívar decía, en 1822, que ni ellos ni la generación que les sucediese verían el brillo de la República que estaban fundando; que la América era una crisálida, que era menester una «*metamorfosis en la existencia física de sus habitantes,*» mediante la formación de un nuevo tipo gracias á la fusión de razas, y en 1824 añadía que los pueblos americanos no podrían prosperar en cien años y que era menester fomentar la inmigración de europeos y yanquis.

Es el tema mismo del grandioso final del discurso que en 1873 pronunció Sarmiento al inaugurarse la estatua de Belgrano, el discurso conocido por el de la Bandera.

Y sólo cuando un pueblo se ha hecho homogéneo y se ha constituido definitivamente, cuando ha brotado en él conciencia patria colectiva y no vive sólo por el mero instinto de vivir—esto último es de Bolívar,—sólo cuando tiene ideal es cuando comprende y siente sus glorias y cuando puede irradiar al mundo su pensamien-

to. Homero llega cuando están resueltas las luchas en que intervino Aquiles, cuando de Troya no quedan sino las ruinas y es Elena polvo.

Y ¡qué figura la de Bolívar para el poema! Me permitiréis, benévolos lectores americanos, que como vasco que soy por todos treinta y dos costados, me detenga en la vasconía del Libertador. Después de describirlo físicamente (páginas 329 á 330), agrega el Sr. Gil Fortoul: «*En suma, tipo de vascongado, de que descendía por línea paterna. . . .*» ¡Cuántas veces, en un verano que pasé cerca de Cenarruza, no me he detenido desde los balcones de esta vieja Colegiata, antigua hospedería acaso para los peregrinos que pasaban por Vizcaya en piadosa romería á Santiago de Compostela, á contemplar allá abajo, en el valle, el lugar de Bolívar, de donde tomó su nombre y su origen el Libertador!

«*Si su organismo era, sobre todo, español—añade el Sr. Gil Fortoul—los impetus de su alma también lo fueron á menudo.*» Si, españoles y quijotescos. Bolívar fué uno de los más fieles adeptos del quijotismo. Conocida es la anécdota, que he leído en Ricardo Palma: («*Mis últimas tradiciones peruanas y cachivachería,*» Barcelona, 1906), sobre la última frase de Bolívar, cuando éste, en sus últimos días preguntó á su médico si sospechaba quiénes habían sido los tres más insignes majaderos del mundo, y al decirle el médico que no, contestó el Libertador: Los tres grandísimos majaderos hemos sido Jesucristo, Don Quijote y. . . . yo! Él mismo, pues, se incluyó, según tradición, con Don Quijote. Y cuando vuelva yo á hacer otra edición de mi «*Vida de Don Quijote y Sancho,*» comentada y explicada, no os quepa duda de que la aumentaré, incluyendo en ella pasajes de la vida del Libertador, como incluí pasajes de la vida de Iñigo de Loyola, un vasco representativo.

Si á Don Quijote le lanzó á su locura caballeresca aquel amor tímido y contenido hacia Aldonza Lorenzo, según yo creo, ¿no determinaron acaso la carrera de Bolívar la muerte de su mujer María Teresa, y el dolor que le causó? «*La muerte de su joven compañera (dulce y melancólica figura que la historia deja en indecisa penumbra)—dice el Sr. Gil Fortoul—lo arroja al punto en un verdadero torbellino: viajes que duran tres años; al principio, la nostalgia del primer amor, nostalgia que á veces se convierte en desesperación; proyectos confusos; nuevas pasiones que se suceden violentas y efímeras; al fin, el alto ideal que se apodera de su espíritu, arrastrándolo á la lucha por la libertad de la patria.*» Agrega el Sr. Gil Fortoul, que fué tal la impresión dolorosa con que acariciaba el recuerdo de su mujer, «*que llegó hasta desear sinceramente la muerte.*» Y el mismo Bolívar decía, en 1828, en Bucaramanga á sus amigos: «*Si no hubiera enviudado, quizá habría sido otra mi vida: no sería el general Bolívar ni el Libertador.*» Y he aquí cómo aquella María T. Rodríguez, á quien conoció y con quien se casó en España—á Bilbao, mi pueblo, fué á verla en el otoño de 1901,—esa dulce figura penumbrosa que desfila por la historia, fué la de Aldonza Lorenzo de aquel Quijote americano, y cómo muerta ella, se le convirtió en Dulcinea en la Gloria.

Y ¿no es acaso quijotesco aquello que cuentan, dijo Bolívar, á raíz del terremoto de Caracas en 26 de Marzo de 1812, cuando, atribuyéndolo un fraile á azote de Dios irritado por haberse desconocido á Fernando VII, el ungido del Señor, el futuro libertador, que se hallaba en la turba entre las ruinas, desenvainando la espada y obligando á bajar de la mesa que le servía de púlpito al fraile predicador, gritó: «*¡Si se opone la naturaleza, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca!*» ¿Y no

es quijotesco aquello que en 11 de Agosto de 1826, decía á Gual, el plenipotenciario colombiano al Congreso proyectado de Tacubaya, continuación del de Panamá, de que promoviera la expedición libertadora á Cuba y Puerto Rico, para poder marchar luego con mayores fuerzas á España. . . si para entonces no quieren la paz los españoles?» Acaso se habrían resuelto no pocas cosas si nos hubiera conquistado Bolívar; digo, á nuestros bisabuelos.

Todo esto es profundamente quijotesco, pero hay algo más que acerca á Bolívar á Don Quijote, otro de los tres insignes majaderos de la historia. (¡Y qué gloriosa, qué divina es la majadería así!) Cuantos hayan leído el Quijote, recordarán aquel melancólico capítulo LVIII de la segunda parte, en que el caballero encontró unas imágenes de relieve y entalladura para el restablo de una aldea, y las reflexiones de triste desesperanza que ellas le sugieren.

En mi ya mencionada «Vida» las he comentado largamente. Aquello fué como el Huerto de los olivos de Jesús, el otro de los tres insignes, según Bolívar. Y ¿no están llenos los últimos años del Libertador de tristes reflexiones en que el héroe parece repetir con Don Quijote: «no sé lo que conquistó á fuerza de mis trabajos?» En aquellos tristes momentos, en aquellas horas de desaliento, propias de todos los verdaderamente grandes, creía haber arado en el mar y desconfiaba de los destinos de las nuevas naciones que con su espada y su fe separó de España.

Pero hay una frase profunda, profundísima, tal vez la frase más profunda que he leído de Bolívar — con frecuencia hay en sus frases célebres más retórica á la española que no otra cosa, — hay una frase que nos hace penetrar hasta el hondón del alma del héroe. Es cuando en 1824 escribía al marqués del Toro: «Entienda usted,

mi querido marqués, que mis tristezas vienen de mi filosofía; y que yo soy más filósofo en la prosperidad que en el infortunio. Esto lo digo para que usted no crea que mi estado es triste, y mucho menos mi fortuna.» ¿No os dice nada esto del hombre triste en la prosperidad y triste por filosofía? Llegaría Bolívar á sentir la angustia metafísica de todos los grandes, la terrible voz que surge del silencio de las eternas tinieblas y nos dice: y todo para qué?

No olvidemos que había leído á Rousseau, el patriarca del pesimismo, y que los dos volúmenes del «Contrato social» que habían pertenecido á la biblioteca de Napoleón y el general inglés Roberto Wilson regaló al Libertador, solía llevarlos consigo, y los regaló, al morir, á la Universidad de Caracas.

Á cada hombre puede juzgársele por sus lecturas favoritas. Don Quijote leía libros de caballería; Bolívar á Rousseau, y San Martín apacentaba su espíritu con la lectura de Plutarco. Y el decir simplemente que aquél leía á Rousseau, y éste á Plutarco, dice tanto, para los que á Plutarco y Rousseau conozcan, como cuantos paralelos entre uno y otro puedan trazarse y los que hayan trazado el venezolano Larrazábal y el argentino Mitre, y el del chileno Santa María, el que llamó á San Martín zorro y á Bolívar águila, paralelo este último que reproduce el señor Gil Fortoul. El uno era rousseuiano, plutarquiano el otro, diría yo. Y no se olvide que Rousseau, por su parte, era un admirador y un lector entusiasta de Plutarco, de este Plutarco de quien decía el general inglés Gordón, el héroe del Jartum, que debería darse á leer á todos los oficiales del ejército, mejor que un libro de táctica.

Podría ir por este primer tomo de la «Historia Constitucional de Venezuela,»

del señor Gil Fortoul, libro que aún ha de darme materia para otras consideraciones, recogiendo datos y noticias con que seguir buscando semejanzas entre Don Quijote y Bolívar, y si fuese yo un Plutarco, no me costaría hacer una vida paralela de ambos. Los últimos momentos del gran Libertador son de tan intensa poesía como los últimos momentos del caballero manchego.

Poesía, si, esta es la palabra, poesía. Poesía, poesía es lo que rezuma de la vida de Bolívar, como es poesía lo que rezuma de la historia de la emancipación de las repúblicas hispano-americanas, lo mismo que de la épica historia del descubrimiento y de la conquista. Una y otra poesía están enterradas en las viejas crónicas de los conquistadores, de los Oviedo, Bernal, Gomara, etc., y en las memorias de los caudillos de la independencia. Poesía, si, y esa poesía deberíamos ser nosotros, los españoles, los que más fuertemente la sintiéramos. Como Diego Láinez se llenó de orgullo al ver que su hijo, el Cid, sintiéndose mordido en el dedo por el padre, le amagó un bofetón, así nosotros, los españoles, deberíamos enorgullecernos de la he-

roicidad de aquellos hombres frente á las tropas de los torpes gobiernos peninsulares y considerar una gloria de la raza, las glorias de las independencias americanas. Pero aún no hemos llegado á esto. Ni aún, justo es decirlo, se ha llegado ahí, en América, á hacernos entera justicia, aunque cada día, sobre todo desde que España perdió á Cuba y Puerto Rico, aumenta el buen deseo de hacérsela, y prueba de ello es, entre otras muchas, la obra del señor Gil Fortoul que ha provocado este escrito.

Y vuelvo á lo que decía al principio, y que es uno de mis más repetidos estribillos, á la necesidad de que todos los pueblos de lengua castellana se conozcan entre sí. Porque no es sólo que en España se conozca poco y mal á la América latina, y que en ésta se conozca no mucho ni muy bien á España, sino que sospecho que las repúblicas hispano-americanas, desde México á la Argentina, se conocen muy superficialmente entre sí.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca, 1907.

(De «El Cojo Ilustrado»).





FUGAZ COMO UN ENSUEÑO.....

Bajo los altos domos de la glauca arboleda
donde prendía el crepúsculo su clámide de seda,
con su gracia divina de erubesciente Leda
cruzó rápidamente por la gris alameda.

Cruzó rápidamente cual raudo meteoro,
con su faz bizantina de madona de coro,
con su vestido rosa de «fru-fruar» sonoro
y la lluvia de espigas de su cabello de oro.

Y en el yermo de mi alma que nunca brotó flores,
sentí un desbordamiento de divinos clarores
y una clarinería de pájaros cantores,
como en los viejos tiempos de mis blancos amores.

Mis inmensos anhelos la miraron marchar,
como miran los ojos húmedos de llorar
que interrogan la glauca inmensidad del mar
en espera de un barco que nunca ha de llegar.

Fué para mí ese instante como un deslumbramiento:
recorrió un misterioso, vago estremecimiento,
mi sér, y como un ave que ha sorprendido el viento
quedó desorientado también mi pensamiento.

(¡Oh, almas paráliticas, nostálgicas de amor!
Yo tuve en mis tinieblas un divino claror
y un capullo de ensueño que anhelaba ser flor,
¡y claror y capullo aniquiló el Dolor!)

Quizá ya nunca torne la pálida «pucela:»
En el mar de la vida su nívea carabela,
mintió un vuelo de ave con su armiñada vela,
y un reguero de lirios con su argentina estela.

Quizá ya nunca vea de su gracia el tesoro;
nimbada por la lluvia de su cabello de oro
su cara bizantina de madona de coro,
quién sabe qué congojas escarcharán de lloro!

¡Quién sabe en qué jardines dolientes y lejanos
retrataran sus ojos otros ojos hermanos!
Y en sus próceres manos, ¡quién sabe qué otras manos
palparán tremantes de goces sobrehumanos!

Mas en mi enfermo espíritu que la torva Tristeza
con fúnebres presagios á empenumbrar empieza,
quedará eternamente, ¡oh lejana princesa!
como un deslumbramiento divino de belleza!

JOSÉ DE J. NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ.

